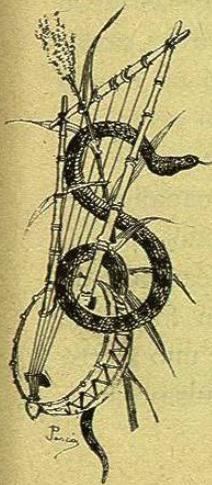




CAPÍTULO XIX

Archidona.—Antequera

I no son muchas aún las conquistas hechas en las provincias granadinas después de la muerte de Fernando el Santo, bastan, sin embargo, dos de ellas para hacernos interrumpir nuestro bosquejo histórico. Archidona y Antequera fueron dos sangrien-



tos campos de batalla, dos pueblos en que tuvieron lugar rasgos de amor y de caballería que dejaron oscurecidos los mejores de los siglos medios: no es posible dejar de arrojar sobre su presente y su pasado una mirada poética.

Archidona fué antiguamente una fortaleza que extendió sus muros y torreones sobre las cumbres de tres cerros. Tenía su población en un hoyo formado por las tres alturas, y no sin razón llevaba el nombre de *Arx Domina*, reina de los alcázares. — Hoy no es sino una villa sentada en la vertiente de una sierra á la sombra de un castillo árabe; pero impone aún por su posición, por los restos de esa misma alcazaba rodeada de precipicios, por lo sombrío y montaraz de sus alrededores llenos de tajos, abismos y cuevas ensombrecidas por la tradición y la leyenda. Agrias cuevas, por donde tras grandes aguaceros se precipitan rugiendo los torrentes, constituyen algunas de sus calles: es cada hogar un baluarte, como cada hombre un soldado; y no sería aún fácil vencerla sin derramar raudales de sangre en las ásperas faldas de la sierra. Tiene á sus piés una vega que se extiende casi hasta Antequera, pero desigual, montuosa, cortada á trechos por barrancos. Está por todas partes cercada de altos cerros que se cruzan en todas direcciones y dan origen á hondas cañadas y tortuosos valles; y si algo presenta á su alrededor de pintoresco, no son cuadros de flores ni sombrías alamedas, sino derrumbaderos como las laderas de su mismo nombre, sepulcro de tantos héroes de Calatrava, saltos como el del Moro, donde es fama que se precipitó su último alcaide, profundidades como la de Cea, cuyo fondo removido tal vez por el fuego de los volcanes desconoce y mira con terror el hombre. Un solo río atraviesa su término, el Guadalhorce; un solo arroyo, el del Ciervo; y aun las aguas de estas dos corrientes, lejos de deslizarse tranquilas por entre campos de verdura, se las ve raudas y espumosas saltando en forma de cascadas de peña en peña, de quiebra en quiebra, de uno á otro barranco. Todo es salvaje en torno suyo, hasta el mismo arte,

hasta esa misma fortificación que ciñe como un doble cinturón de piedra el cerro cuyas faldas cubre. Los muros de sus dos cercas parecen estar desafiando aún el impetuoso furor de las revoluciones y la acción lenta de los siglos; los ennegrecidos cubos y torreones que defienden sus puertas se alzan aún á los ojos del viajero como fantasmas de un pasado horrible, como espectros que arroja de sí la tumba de los que murieron el día de la fatal caída en medio de alaridos de desesperación y de venganza. Levántase entre las ruinas una humilde ermita consagrada á la Virgen de la Gracia; pero no parece tampoco sino un altar sobre un sepulcro. La naturaleza, la historia, el arte, todo contribuye allí á presentar los objetos como velados por una niebla que forman los vapores de la sangre derramada. La vecina sierra del Conjuero excita con su solo nombre recuerdos misteriosos que dejó consignados la voz de las tradiciones populares (1); la de la Cueva de las Grajas, sumerge la imaginación en esa poesía aterradora que audaces fantasías han hecho brotar del fondo de las profundidades de la tierra: las crestas de entrambas, ceñidas de restos de torres y murallas, permiten aún evocar las sombras de la antigüedad, que levantó la formidable *Arx Domina* sobre los gigantescos escombros de la primitiva Escua, pueblo que encerraba en su mismo nombre la idea de superioridad y fué considerada por sus mismos fundadores como cumbre y cabeza de las demás ciudades (2). Las sombras digo, no los hechos, porque Escua y *Arx Domina* son casi un

(1) Hay en esta sierra del Conjuero un camino, ya medio borrado, que sólo se presenta claro y distinto á los ojos del que lo ve de lejos. Esto ha dado lugar á creer que aquel camino fué el que siguió la Virgen, cuando deseosa de ayudar á los cristianos que cercaban á Archidona bajó del cielo, y les animó á que bombardearan el castillo al abrigo de esta misma sierra. Aun lo de la misma Virgen no pasa de ser hijo de la tradición; mas está tan arraigado en toda la comarca que apenas hay aldeano que no lo refiera candorosamente.

(2) La ciudad primitiva, que se supone haber sido de fundación cartaginesa, se llamó Escua, voz que en lengua púnica significa cabeza. Llamáronla luégo los romanos *Arx Domina* traduciendo, como no pocas veces hicieron, á su lengua su denominación primera. De *Arx Domina* ó *Domna* hicieron los árabes *Arxiduna*, que es lo que más se acerca al nombre de Archidona que ahora tiene.

misterio para nosotros (1); porque para nosotros apenas es histórica más que la Arxiduna de los árabes, y aun ésta no nos ha llegado en alas de la crónica sino en su época de decadencia, cuando ya los freires de Calatrava templaban contra ella sus aceros en la sangre de los que rodaron á las hondas simas de las Laderas bajo rocas precipitadas desde lo alto de los cerros y en la de los que cayeron bajo el alfange de Ibrahim, el más fiero é implacable alcaide de la fortaleza.

Ibrahim fué el héroe, el genio, el alma del castillo. No parece sino que ni antes ni después haya existido otro hombre en el seno de estas ruinas, según viene resumida en él la historia de todo un pueblo.

Ibrahim, dicen las crónicas, era tan valiente como magnánimo. Miraba con respeto al vencedor, con piedad al vencido, y ahorraaba cuánto podía la sangre de sus soldados. Se le temía en el campo, nunca bajo las bóvedas de su castillo, donde era generoso con amigos y enemigos. Mas llegó día en que una herida incurable le llenó de amargura el corazón, y se convirtió en déspota y sanguinario el que ayer sabía tender la mano á cuantos sucumbían en los combates.

Tenía Ibrahim una hija llamada Tagzona, que era la luz y la esperanza de su vida. Ignorante de los secretos amores de la joven con Hamed-Alhaizar, uno de los moros más gentiles de la corte de Granada, la ofreció por esposa á un bravo alcaide de Alhama tan rico como viejo, y abrió sin saberlo el camino á una serie de amargas desventuras. Contrariados los amantes recurrieron á la fuga, partieron de la vecina fuente de Antequera sobre un caballo que parecía dejar atrás el viento, se adelantaron hasta el Guadalhorce, encontraron allí al ofendido Ibrahim

(1) La historia no refiere de la antigua Escua sino que fué el abrigo de los prefectos de las naves, que se insurreccionaron contra Asdrúbal cuando ya habían entrado los Scipiones en España. Fué tomada primero por los rebeldes y poco después por el mismo Asdrúbal, que vengó de una manera cruel la traición de los prefectos.

y á sus soldados, se turbaron y desconcertaron, no supieron buscar su salvación sino en lo alto de una peña, y al verse perseguidos hasta en aquel asilo, perdida toda esperanza y no pudiendo ya renunciar á una unión consagrada por el amor más puro, se abrazaron tristemente, volvieron al cielo y á su alrededor los ojos y se precipitaron monte abajo corriendo á buscar en el abismo su lecho nupcial y su sepulcro (1).

Ibrahim los vió rodar sin que pudiera detenerlos; los vió morir sin llegar á tiempo para oír una palabra de perdón ni recogerles más que el último suspiro. Quedó tan lleno de dolor, tan ebria el alma de amargura, que no pudo por mucho tiempo ni mover la planta, ni proferir una queja, ni arrancar una sola lágrima de sus ojos, fijos en el magullado cadáver de Tagzona. Sintió por de pronto embotado el corazón, sintiólo á poco sediento de venganza; y como si el mundo entero fuese la causa de su desventura, trocó en crueldad y hasta en fiereza su antigua mansedumbre. Acechó desde sus torreones al enemigo como el águila desde las cumbres de los cerros; se arrojó sobre él como el rayo, y allí donde sentó la planta hizo sentir á buen número de cristianos el peso de su cólera y el hierro de su lanza. Ahorcó á muchos, dejó para pasto de buitres á los que más le disputaron la victoria, maltrató á los cautivos hasta hacerlos suspirar por la suerte de los que murieron en batalla, exigió por rescate la fortuna de las familias, y se mostró en todas ocasiones tan inflexible, que ni las piadosas súplicas de sus mismos soldados le movieron nunca al perdón de los vencidos. Cuando no tuvo fronteros que atacar dentro de la jurisdicción de su castillo, no hallando medio de borrar el doloroso recuerdo de su hija sino entregándose de lleno á los combates, se dedicó á la guerra de algarada, dió rebatos sangrientos, saqueó, abrasó, asoló cuánto pudo sorprender en sus inesperadas

(1) La peña en que se refugiaron los dos amantes se llama desde entonces Peña de los Enamorados.

excursiones, y se complació en ver entregados al hambre y á la desesperación los pueblos comarcanos. Fué, al fin, el terror del país, el formidable dragón de aquellos días, la fiera que tarde ó temprano había de excitar contra sí el religioso heroísmo de alguno de esos caballeros de la cruz que nunca temían arriesgar su vida en las más aventuradas empresas de su siglo.

No tardaron los pueblos en levantar la voz contra este azote. Clamaron al rey, apelaron de él á los caballeros de Calatrava, conmovieron con sus justas y sentidas quejas á Don Pedro Girón, maestre de la Orden, y hallaron al fin en ese esforzado adalid su paladín, su libertador, su héroe. Pedro Girón llamó á sí á todos los freires que defendían la frontera, y al eco de su poderosa voz no sólo alcanzó poner sobre las armas á los cruzados de Calatrava, sino que hasta logró agrupar en torno de su estandarte los pueblos de Arjona y Osuna y al bravo Diego Fernández de Córdoba, segundo conde de Cabra, y al joven comendador de Santiago Fadrique Manrique, que llevó consigo doscientos caballos y cuatrocientos peones. Reunido ya el ejército penetró en territorio de Archidona; y aunque se vió á poco acometido por el terrible alcaide, fué tal el denuedo con que combatió, que le hizo volver por primera vez la espalda y llegó sin más obstáculo hasta el pié mismo del alcázar. Contentóse por de pronto con cercarlo é impedir á Ibrahim toda comunicación con la corte de Granada; pero al ver que tras un mes de riguroso sitio no había logrado quebrantar aún el ánimo de sus enemigos, mandó á sus estados por máquinas de guerra, sentó sus baterías al abrigo de la sierra del Conjuero, derramó sobre los cercados bombas y proyectiles incendiarios, y les molestó con tan continuos ataques que ni tiempo les dejó para ir á cortar el incendio de sus hogares. Los puso en tal aprieto, que, acosados por la sed, no tuvieron más recurso que el de bajar á disputarle á punta de espada el agua de un pozo abierto á tiro de la fortaleza; mandó entonces sobre ellos á uno de sus mejores capitanes, tras éste al bravo conde

de Cabra, y á pesar del desesperado arrojo con que aquellos pelearon, los derrotó y persiguió hasta las puertas mismas del castillo, que no dejó en tanto de diezmar con incesantes fuegos las huestes castellanas. Cansado de refriegas parciales y demoras resolvió el asalto; mas ¿quién había de ser el primero que se atreviese á escalar una fortaleza cercada de dobles muros y defendida por hombres resueltos á morir entre las ruinas de sus torreones antes que arrojarse en brazos de un cristiano? Tomó él mismo á su cargo tan peligrosa hazaña, y armado de una escala y de un acero, él, el maestre de Calatrava, el más poderoso feudatario de la corona de Castilla, el que se atrevía á pretender la mano de una princesa á quien se reservaba la posesión del trono, él fué quien empezó á trepar por la torre del Sol entre una espesa lluvia de piedras y saetas de punta envenenada. Rodó bajo el peso de una roca disparada al intento, y cayó al foso como si estuviese muerto; mas su heroísmo pudo con los suyos más que su desgracia, y tuvo el consuelo de saber á poco la toma de la Torre del Sol. Treparon tras él los alcaides y capitanes de su ejército; treparon tras ellos los soldados, y se pasó en corto tiempo más de quinientos moros á cuchillo. Hombres, mujeres, niños, todos perecieron, y los que se albergaron en el segundo recinto cayeron en estado tal de confusión y abatimiento que pronto debieron también entregar sus cuellos al filo de las armas enemigas. Todos debieron sucumbir al fin bajo los esfuerzos de los cristianos; pero no Ibrahim, que, según fama, al verse vencido corrió al borde del tajo á que dió después su nombre, metió el acicate en su caballo hasta obligarle á saltar el abismo, y desapareció en las profundidades de la espantosa sima.

Así cayó al fin esa formidable Archidona contra la cual habían asestado inútilmente sus tiros Alfonso de Castilla y Fernando de Antequera. Arrastró en su caída á los guerreros más ilustres de los dos ejércitos; pero se hundió para siempre, y para siempre vió enarbolada la cruz en la más alta de sus